

## SOBRE LA SIGNIFICACION DE "HERMANO" EN LA BIBLIA

- I. Significación del término «hermano» en el lenguaje bíblico.
  1. En el Próximo Oriente.
  2. En el Antiguo Testamento.
  3. En el Nuevo Testamento.
- II. Evolución de la teología del «hermano» en la Historia de la Salvación.
  1. Los crígenes.
  2. En el pueblo elegido.
  3. «Hermanos en Cristo».

Resumen.

### I. SIGNIFICADO DEL TÉRMINO "HERMANO" EN EL LENGUAJE BÍBLICO

#### 1. *En el Próximo Oriente*

EL término "hermano" en el Próximo Oriente ha sido un título honorífico de hombres beneméritos; se usaba también en el tratamiento entre príncipes. Esta costumbre se refleja en la Biblia: "El rey Demetrio saluda a su hermano Jonatán..." (1 Mc 11<sup>30</sup>), o "Hermano tuyo es Ben-Hadad" (1 R 20<sup>32</sup>). Para la comprensión del contexto este título tiene mucha importancia: los mensajeros, oyendo esta apelación de "hermano", adivinan que la causa de su señor está ganada, pues solamente los reyes de igual poderío se trataban mutuamente de "hermanos", mientras los reyes vasallos se llamaban "siervos de su soberano".

Textos extrabíblicos nos son transmitidos por las cartas de Amarna (son 350 cartas, la correspondencia entre faraones y

reyes de Asia en lenguaje acadio. Amarna fue la residencia de Amenofis IV (1414-1383 a.C.). Gracias a estas cartas sabemos que el título "hermano" era muy apreciado en el tratamiento diplomático entre desconocidos. En el Génesis encontramos todavía este sentido de "hermano", p.e. Gn 19<sup>7</sup>: "Por favor, hermanos, no hagáis esta maldad". Gn 29<sup>4</sup>: "Hermanos, ¿de dónde sois?". Jc 19<sup>23</sup>: "No, hermanos míos; no os portéis mal". Los ejemplos demuestran claramente que el uso de este título quiere expresar la confianza hacia el desconocido para evitar un posible peligro.

Los habitantes de Mesopotamia tenían en tan gran estima este título que hasta lo aplicaban a sus divinidades, para expresar sus relaciones íntimas con los dioses. "Él (*nombre de una divinidad*) es mi hermano" o "Mi dios es mi hermano" o "Mi dios me es como mi hermano" (colección de Stamm 300).

## 2. *En el Antiguo Testamento*

El Antiguo Testamento, después de la paternidad, acentúa en lo sucesivo y en variante modulación, las relaciones interhumanas en la forma de fraternidad.

En su sentido más estricto la palabra hebrea *'ah* (LXX ἀδελφός) se refiere a los individuos nacidos del mismo seno maternal: Gn 4<sup>2</sup>: "Volvió a dar a luz, y tuvo a Abel su hermano"; pero también al pariente lejano: Gn 13<sup>8</sup>: "Dijo pues, Abram a Lot "Ea, no haya disputas entre nosotros ni entre mis pastores y tus pastores, pues somos hermanos".

Existe una fuerte solidaridad entre los hermanos. El que no tiene hermano está sin protección: Lv 25<sup>25-26</sup>: "Si se empobrece tu hermano y vende algo de su propiedad, su *gō'ēl* más cercano vendrá y rescatará lo vendido por su hermano. Si alguno no tiene *gō'ēl*, adquiera por sí mismo recursos suficientes para su rescate". Cada israelita tiene para su hermano la obligación de vengar su vida (*gē'ul-lāh*): "Entréganos al asesino de su hermano: le haremos morir por la vida de su hermano, al que mató..." (2 Sm 13<sup>7</sup>). La ley del levirato hace al israelita responsable de perpetuar el nombre de su hermano difunto. Tiene la obligación de edificar la casa de su hermano: "Si varios hermanos viven juntos y uno de ellos muere sin tener hijos, la mujer del

difunto no se casará fuera con un hombre de familia extraña. Su cuñado se llegará a ella, ejercerá su levirato tomándola por esposa y el primogénito que ella dé a luz, llevará el nombre de su hermano difunto; así su nombre no se borrará de Israel" (Dt 25<sup>5</sup>; cfr Gn 38; Rt 4; Mt 22<sup>24 ss</sup>).

Los libros sapienciales alaban a menudo la suerte de tener un hermano. No hay mayor dolor que el abandono de los hermanos, porque precisamente el hermano "nace para tiempo de angustia" (Pr 17<sup>17</sup>). Job se queja: "Mis hermanos se apartan de mi lado (Jb 19<sup>13</sup>). Tener un hermano significa tener seguridad, protección, pues el hermano vale más que todo bien material: "No cambies un amigo por dinero, ni un hermano de veras por el oro de Ofir" (Eclo 7<sup>20</sup>). Aquí "hermano" se puede interpretar como sinónimo de amigo.

En esta época más tardía se ha amplificado el concepto de "hermano" primitivo. La palabra *'ah* comparte ahora su semántica con *rē<sup>c</sup>*, que significa "prójimo". La relación entre "hermano" y "prójimo" se representa en el Antiguo Testamento como la de dos círculos concéntricos de los que el mayor incluye al menor. Como vimos arriba, el hermano es el amigo. Encontramos ya este título aplicado al amigo en Sm<sup>1</sup> 1<sup>26</sup>, elegía de David a la muerte de su amigo Jonatán: "¡Jonatán! Por tu muerte estoy herido, por tí lleno de angustia, Jonatán, hermano mío, en extremo querido, más delicioso tu amor que el amor de las mujeres".

Israel, por fin, transfiere la denominación de "hermano" a todos sus compatriotas, compañeros de espíritu y de destino. Con su concepto etimológico los israelitas se entienden como doce tribus, descendientes de doce hermanos, los hijos de Jacob (Israel). Este título distingue al israelita del extranjero que habita en su país, el *gēr*. "Escucharéis lo que haya entre vuestros hermanos y administrareis la justicia entre un hombre y su hermano o un forastero" (Dt 1<sup>16</sup>). También le distingue del extranjero que está de paso, el *nokrî*. "Podrás apremiar al extranjero, pero a tu hermano le concederás la remisión de lo que te debe... con el fin de que no haya ningún pobre junto a tí" (Dt 15<sup>3</sup>).

La ampliación del sentido de "hermano" al compatriota implica también la exigencia de solidaridad. Los israelitas co-

munitariamente son responsables como hermanos entre sí. "Ojalá hubiéramos perecido igual que perecieron nuestros hermanos delante de Yahvé. ¿Por qué habéis traído la asamblea de Yahvé a este desierto, para que muramos en él nosotros?" Nm 20<sup>3</sup>. Hay que preocuparse hasta de los animales domésticos del hermano: "Si ves extraviada alguna res del ganado mayor o menor de tu hermano, no te desentenderás de ella, sino que se la llevarás a tu hermano. Y si tu hermano no es vecino tuyo, o no le conoces, la recogerás en tu casa y la guardarás contigo hasta que tu hermano venga a buscarla; entonces se la devolverás" (Dt 22<sup>1 ss</sup>). Cinco veces aparece en estos dos versículos la palabra "hermano".

Aparte de esta fraternidad de solidaridad y de nacionalidad, Israel conoce la fraternidad por la fe, que está fundada en Abraham, el padre de la fe (Rm 4<sup>12</sup>). Para Israel Abraham es su antepasado según la carne (Rm 4<sup>1</sup>, Jn 8<sup>39</sup>) y según la fe, como portador de las promesas (Gn 12<sup>2</sup>).

- Así el término "hermano" tiene para Israel un doble sentido:
- pertenecer a una misma familia, un mismo pueblo en este caso, y
  - profesar la fe en un mismo Dios.

### 3. *En el Nuevo Testamento*

En el judaísmo tardío los miembros de las comunidades religiosas se llamaban entre sí "hermanos". Así los rabinos, como igualmente los esenios de Qumran. En continuidad con este sentido, los discípulos de Jesús, su Rabí, se sienten entre ellos hermanos. "Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar "Rabi", porque uno solo es vuestro maestro, y vosotros todos hermanos" (Mt 23<sup>8</sup>). En la revelación por Jesucristo aparece una clara distinción entre la fraternidad de pueblo y la fraternidad de fe. Está explicado por medio del ejemplo de Abraham: "No andéis diciendo dentro de vosotros: Tenemos por padre a Abraham, porque Yo os digo: Dios puede suscitar de estas piedras hijos de Abraham" (Mt 3<sup>9</sup>). Los verdaderos hijos de Abraham son solamente los que viven en la fe en el mismo Dios: "Tened, pues, entendido que los que viven de la fe, éstos son los hijos de Abraham" (cfr. Gl 3<sup>29</sup>; Rm 4<sup>11</sup>). En lugar de la fraternidad fun-

dada en el nacimiento natural (misma nación) aparece la que procede de una "regeneración" que los hace "Hijos de Dios" (cfr. Jn 3<sup>o</sup>).

En la persona de Jesucristo el término "hermano" ha encontrado la plenitud de su sentido, hacia donde el Antiguo Testamento oscuramente tendía. En Él se cumple la promesa veterotestamentaria en la que el Mesías llamará a los liberados "sus hermanos" (Sal 21<sup>23</sup>). En Él se funda una nueva fraternidad cuyo principio, centro y meta es Jesucristo mismo. Esta fraternidad participa de su relación familiar e íntima con Su Padre; pues llama "sus hermanos" a aquéllos que cumplen como Él la voluntad de su Padre (Mr 3<sup>31-35</sup>; Lc 8<sup>21</sup>). Ellos participan en el mismo Espíritu suyo que les hace "Hijos de Dios, y con esto herederos de Dios y coherederos de Cristo" (Rm 8<sup>17</sup>).

La Carta a los Hebreos afirma que son verdaderamente aceptados por Cristo como hermanos: "Pues tanto el santificador como los santificados tienen todos el mismo origen. Por eso no se avergüenza (Cristo) de llamarles hermanos cuando dice: Anunciaré tu nombre a mis hermanos... Henos aquí, a mí y a los hijos que Dios me dio" (Hb 2<sup>11-13</sup>).

El concepto de "hermano" llega con Cristo a su consumación hasta llevar a la auto-identificación con Él: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt 25<sup>40</sup>). Cristo es el origen de toda hermandad, El es el "primogénito entre muchos hermanos" (Rm 8<sup>29</sup>). Esta buena nueva exige una nueva vida fraternal.

El hecho de que aproximadamente 160 veces sale el término "hermano" en el Nuevo Testamento refleja la importancia que le daban los apóstoles a este aspecto del mensaje de Jesucristo.

## II. EVOLUCIÓN DE LA TEOLOGÍA DEL "HERMANO" EN LA HISTORIA DE SALVACIÓN

### 1. *Los orígenes*

Dios creó todo el linaje humano de un solo principio (Hch 17<sup>26</sup>; cfr. Gn 1<sup>1-2</sup>) con el fin de que "buscasen juntos a Dios, porque no se encuentra lejos de cada uno de nosotros, nosotros

que sabemos que en Él vivimos, nos movemos y existimos" (Hch 17<sup>28</sup>)<sup>1</sup>.

Las relaciones humanas en su ideal, por el plan original del Creador, y en su destrucción, por el hombre después del pecado, están retroproyectadas a los primeros hombres en el A. T. La teología de los primeros capítulos del Génesis es: Dios ha creado al hombre a su imagen, que debe reflejarse en convivencia fraternal, pues Dios no es sólo uno, sino que es una comunidad vital tripersonal en el amor recíproco. El hombre es una imagen de Dios en su naturaleza social, así como en su orientación hacia el Tú, en la determinación hacia el Nosotros. Dice el libro del Génesis: "Hagamos el hombre a nuestra imagen... y dominen..." (Gn 1<sup>26</sup>). El plural "hagamos" para Dios está empleado por el elohista (*'Elōhim*). La semejanza del hombre con Dios está gramaticalmente expresada por el plural "dominen" para el "hombre", que aquí está usado como nombre colectivo (humanidad) así como el nombre "Adán". Con eso el hombre es capaz de representar al "todo", porque recibe su propia existencia del modelo originario y "único" del "todo", del mismo Dios. Por tanto en el hombre se realiza la plenitud del "todo" por medio de la participación. Gracias a esta participación el hombre siente en sí una fuerza unitiva, y con ella una inquietud, una tendencia natural a la unión y a la plenitud de su modelo originario. Este deseo se expresa en una apertura hacia el otro para participar y compartir con él, alcanzando así su plenitud en una unión fraternal.

La fraternidad de los hombres es, por tanto, un don, antes de convertirse en tarea. En el relato de los orígenes del mundo y de la humanidad del Génesis está explicado que Dios mismo ha puesto en el corazón de los hombres el sueño de una fraternidad en Adán (Gn 1<sup>28 ss</sup>). Pero este sueño no se realizará sino después de un largo camino.

La ruptura con Dios en el pecado y la pérdida de la comunidad con Él conducen también a la escisión de la fraternidad interhumana. El pecado deja herida la naturaleza social del hombre (cfr. Gn 3<sup>16</sup>). La consecuencia del pecado es la ausencia o negación de la orientación de amor a Dios en su imagen, el hom-

<sup>1</sup> Frase inspirada en el poeta Epiménides de Cnosos, S. VI a.C.

bre. Es a la vez una infidelidad a Dios y a su imagen. Desde entonces pesa sobre toda fraternidad humana la falta de fuerza unitiva. Con la pérdida de su centro, Dios, el Adán unido está disperso por todo el mundo, la ausencia del amor, la fuerza unitiva, le impiden el avance hacia su meta: la unión total. El relato de la historia de Caín y Abel, a continuación del relato del pecado original, demuestra que la rebelión contra Dios trae consigo la rebelión del hermano contra el hermano. Aquí la fraternidad humana recibió realmente un golpe de muerte. Caín no quiere saber dónde está su hermano, se niega a preocuparse de él (Gn 4<sup>o</sup>). La intención de fratricidio se repite en Gn 27<sup>41</sup> entre Esaú y Jacob y llega a consumarse en 2 Sm 13<sup>28 ss</sup> por obra de Absalón en la persona de su hermano Amnón.

## 2. *En el pueblo elegido*

Pero, al mismo tiempo, con su creación, Dios ha revelado su solidaridad salvífica con ella. Como la humanidad pecadora se encuentra en Adán, así se encuentra como humanidad salvada en Abraham. Con la elección de Abraham Dios comienza su historia salvífica con su pueblo elegido. Pero la Alianza de Yahvé con Abraham ya incluye un carácter universal en sí: "Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra" (Gn 12<sup>3</sup>).

Una Alianza en el A.T. se refiere siempre a toda la humanidad aunque ésta aparezca representada en un solo hombre. Él es el hermano de una fraternidad que tiene su principio y fundamento en esa misma Alianza. Por medio de pactos entre Dios y el hombre durante la historia de la Salvación de una manera progresiva se está restaurando la unidad entre Dios y el hombre y con eso entre los hombres. La contrapartida del hombre en esta Alianza se expresa en el Código de Santidad: "No odies en tu corazón a tu hermano" (Lv 19<sup>17</sup>). Las narraciones de los patriarcas dan buenos ejemplos de esta ley.

—Abraham y Lot escapan de la discordia: "¡Ea! no haya disputas entre nosotros..., pues somos hermanos" (Gn 13<sup>8</sup>).

—Jacob se reconcilia con su hermano Esaú: "Jacob se inclinó en tierra siete veces, hasta llegar donde su hermano. Esaú, a su vez, corrió a su encuentro, le abrazó, se le echó al cuello, le besó y ambos lloraron" (Gn 33<sup>4</sup>).

—José perdona a sus hermanos: “Yo soy vuestro hermano José... y echándose al cuello de su hermano Benjamín, lloró; también Benjamín lloraba sobre el cuello de José. Luego besó a todos sus hermanos, llorando sobre ellos; después de lo cual sus hermanos estuvieron conversando con él” (Gn 45<sup>4b, 14-15</sup>).

La Alianza con Dios se realiza solamente en una relación fraternal entre los hombres. Israel ha fracasado por su infidelidad. La ruptura frecuente de la Alianza se refleja en la ruptura de la fraternidad. El motivo es la dureza de los corazones de los israelitas: así como no saben amar a Dios así no saben amar al hermano. El profeta Oseas anuncia el “pleito de Yahvé con los habitantes de esta tierra” (Os 4<sup>1</sup>). No hay amor a Yahvé porque no hay amor fraternal: “pues no hay ya fidelidad ni amor, ni conocimiento de Dios en esta tierra; sino perjurio y mentira, asesinato y robo, adulterio y violencia, sangre y más sangre” (Os 4<sup>2-3</sup>).

También Isaías se queja de la dureza de los corazones; pues el pueblo no se volvió hacia Él que le castigaba, no buscaron a Yahvé porque “nadie tiene piedad de su hermano” (Is 9<sup>12,18</sup>). En vista de una desconfianza universal al hermano (p.e. “cada cual atrapa en la red a su hermano” (Mq 7<sup>2</sup>), el profeta Miqueas pone su esperanza en Yahvé, “el que se complace en el amor” (Mq 7<sup>18</sup>), donde está la fuerza unitiva para reunir a su pueblo en la fraternidad de los “hijos de Abraham” (Mq 7<sup>20</sup>).

Parecidas son las lamentaciones del profeta Jeremías: los israelitas desconocen a Yahvé (Jr 9<sup>20</sup>) y se niegan a reconocerle porque no viven en fraternidad: “¡Que cada cual se guarde de su prójimo! ¡Desconfiad de cualquier hermano! Porque todo hermano pone la zancadilla, como Jacob, y todo prójimo propala la calumnia” (Jr 9<sup>3-4</sup>). El profeta mismo lleva el destino de estar perseguido por sus hermanos: “tus mismos hermanos y la casa de tu padre, incluso ellos te han traicionado” (Jr 11<sup>18</sup>).

La conversión hacia Yahvé se realiza por la conversión hacia el hermano: “...amor y compasión practicad cada cual con su hermano... no maquinéis mal uno contra otro en vuestro corazón” (Zc 7<sup>9-10</sup>).

La ruptura de la fraternidad es una profanación de la santa Alianza. Así pregunta el profeta Malaquías: “¿No tenemos to-

dos nosotros un mismo Padre? ¿No un solo Dios que nos ha creado? ¿Por qué nos traicionamos los unos a los otros, profanando la Alianza de nuestros padres?" (Mt 2<sup>10</sup>).

Complacer a Dios es amar al hermano. En el Eclesiástico la Sabiduría personificada declara: "Me presento bella ante el Señor y ante los hombres" con "concordia entre hermanos, amistad entre prójimos..." (Eclo 25<sup>1</sup>).

La falta de sentido fraternal se refleja también a nivel nacional. A partir de 932 el reino de las Doce Tribus está separado en el reino de Judá y el reino de Israel. El cisma político trae consigo el cisma religioso y, por consiguiente, la guerra fratricida. Israel no escucha el grito de sus profetas: "Así habla Yahvé: ¡no subáis a combatir con vuestros hermanos, los hijos de Israel!" (1 R 12<sup>24</sup>).

Edom (Esaú) e Israel deben amarse (Dt 23<sup>8</sup>) porque son hermanos (Gn 25<sup>24</sup>), pero están en guerra continua (Gn 27<sup>40</sup>); Nm 20<sup>14-21</sup>; Am 1<sup>11</sup>). Ante este fracaso humano los profetas anuncian la restauración de la fraternidad, representada por el pueblo de Israel, para el tiempo escatológico. Será únicamente obra de Yahvé, Él reunirá todo el resto de Israel: "Voy a reunir a Jacob todo entero, voy a recoger al resto de Israel" (Mq 2<sup>13</sup>).

En aquel día Yahvé será el centro de todos los clanes de Israel: "En aquel tiempo —oráculo de Yahvé— seré el dios de todas las familias de Israel, y ellos serán mi pueblo" (Jr 31<sup>1</sup>). La restauración mesiánica la anuncian los profetas bajo el símbolo de unión fraternal. Judá e Israel son hermanas (Jr 3<sup>6-13</sup>): "En aquellos días andará la casa de Judá al par de Israel y vendrán juntos desde tierras del norte a la tierra que di en herencia a vuestros padres" (Jr 3<sup>18</sup>).

Ezequiel afirma esta profecía: "Y haré de ellos una sola nación en mi tierra..., no volverá a formar dos naciones, ni volverán a estar divididos en dos reinos... serán mi pueblo y Yo seré su Dios" (Ez 37<sup>22</sup>). Cuando Yahvé sea el centro de Israel, los israelitas formarán una fraternidad que se extenderá sobre todas las naciones: "Y sabrán las naciones que Yo soy Yahvé, que santifico a Israel, cuando mi santuario esté en medio de ellos para siempre" (Ez 37<sup>28</sup>). Entonces confluirán a Él todas las naciones, y acudirán pueblos numerosos. Dirán: "Venid, subamos al monte de Yahvé" (Is 2<sup>3</sup>).

Signos de esta fraternidad escatológica serán la reconciliación entre ellos, la paz y la unidad: "Forjarán de sus espadas azadones y de sus lanzas podaderas. No levantará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra" (Is 2<sup>4</sup>). En la visión escatológica todos serán hermanos: "Yo vengo a reunir a todas las naciones y lenguas..., traerán a todos vuestros hermanos de todas las naciones" (Is 66<sup>18-20</sup>).

### 3. "*Hermanos en Cristo*"

La revelación plena de la fraternidad humana nos ha llegado con Cristo. En Él el "hermano" recibe su máximo sentido y ocupa su puesto verdadero. Cristo es el nuevo Adán, pues por su Encarnación se reúnen en la imagen de Dios todos los hombres que estaban dispersos. Su amor tiene más fuerza unitiva que el pecado del hombre con su fuerza destructiva. Lo que no ha sido incorporado a la imagen única de Cristo, no está redimido. El verdadero Hijo de Dios congrega al "Adán disperso", el primer "hijo de Dios" (Lc 3<sup>38</sup>), convirtiéndoles en "hijos de Dios" (Rm 8<sup>14</sup>), hermanos suyos. De ahí que el signo indispensable de filiación divina sea el verdadero amor fraternal: "El que no ama a su hermano, todavía no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor... y todo el que ama, ha nacido de Dios y conoce a Dios" (1 Jn 4<sup>7-8</sup>); "si nos amamos unos a otros... el amor de Dios ha llegado a nosotros a su plenitud" (1 Jn 4<sup>12</sup>). La intensidad de nuestra amistad con Dios se medirá por la intensidad de nuestro amor al hermano. De este modo nuestra caridad fraternal se convierte en el signo de nuestra caridad con Dios.

Al vivir para el Padre, Jesús vivió para los hombres. Su caridad al Padre se expresaba en caridad fraternal. En su Encarnación Jesús humaniza el amor del Padre empleando medios humanos, expresándose en palabras humanas, en gestos humanos, haciéndose así nuestro hermano. Ahora nuestro amor fraternal, vivido en Jesucristo, llega hasta el Padre.

La sacramentalidad del "hermano" (cfr Urs von Balthasar), Jean Pierre Jossua la describe con las siguientes palabras:

"Sólo en el hombre alcanzamos a Dios y acogemos a Cristo, gracias al misterio de la solidaridad que brota

de la Encarnación y que se prolonga en la vocación de todo ser humano de revestir la imagen de Jesús. Por esto, aun sin saberlo, los hombres encuentran a Dios al acoger al prójimo. Y por la fe el creyente así lo reconoce. Para nosotros el hermano es, de alguna forma, sacramento del Señor. Es en este sentido, en el que, siguiendo a Bonhoeffer, podemos decir: "la vida de Jesús, totalmente para los otros, es la experiencia de la transcendencia... Y la Iglesia sólo es la Iglesia cuando existe para los demás"<sup>2</sup>.

La doble Ley del Antiguo Testamento: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas sus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo" (Dt 6<sup>5</sup>; Lc 10<sup>27</sup>), por la Encarnación, que también se podría llamar "hermanización", de Jesucristo se ha convertido en una sola: "Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado" (Jn 15<sup>12</sup>).

### *Resumiendo*

En la historia de la Salvación hay una evolución en la teología del hermano. El A.T. nos revela que el destino del hombre es llegar a Dios en convivencia fraternal. Pero el hombre es incapaz de realizar esta meta: su ruptura con Dios lleva a la ruptura con el hermano. Caín mató a su hermano.

La redención de Jesucristo nos trae el principio de una nueva fraternidad. En él el fratricidio de Caín está vencido, si permanecemos en su amor (Jn 15<sup>9</sup>), pues si no, "todo el que aborrece a su hermano es un asesino" (1 Jn 3<sup>11</sup>). Cristo es el modelo y la realidad del "hermano" en su plenitud: "él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos" (1 Jn 3<sup>16</sup>). El es el principio y la fuerza dinámica para realizar la vida fraternal entre los hombres hasta su plenitud escatológica, don y tarea a la vez. Él lleva el título "primogénito entre muchos hermanos" (Rm 8<sup>29</sup>) para la comunidad fraternal y universal de su Iglesia.

*Margot Bremer*

<sup>2</sup> J. P. JUSSUA: *Le sacrement du prochain*, en «La Vie Spirituelle», 120 (1969), pp. 173-190.